

Christian August Fischer

**VIAJE DE ÁMSTERDAM A GÉNOVA
PASANDO POR MADRID Y CÁDIZ
EN LOS AÑOS 1797 Y 1798**

Estudio preliminar, traducción, edición y notas de
HILTRUD FRIEDERICH-STEGMANN

Prólogo de Carlos Martínez Shaw

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

ÍNDICE

PRÓLOGO de Carlos Martínez Shaw	9
ESTUDIO INTRODUCTORIO	15
BIBLIOGRAFÍA	53
1. Textos de Christian August Fischer sobre España ...	53
2. Otros libros de viajes citados	57
3. Literatura secundaria	62
CRITERIOS DE LA TRADUCCIÓN	67
VIAJE DE ÁMSTERDAM A GÉNOVA PASANDO POR MADRID Y CÁDIZ EN LOS AÑOS 1797 Y 1798	69
PRÓLOGO	73
ÍNDICE TEMÁTICO	75
CARTAS	85
APÉNDICE	403
ÍNDICE ONOMÁSTICO	421
ÍNDICE TOPONÍMICO	433
ÍNDICE Y PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES ...	443
AGRADECIMIENTOS	445

PRÓLOGO

Ya en 1522, el autor de la crónica de la primera vuelta al mundo, el caballero Antonio Pigafetta, era consciente del valor de los libros de viajes, que podía compararse al del oro y la plata, según declaraba en las páginas finales de su *Relación del primer viaje alrededor del mundo*: «Partiendo de Sevilla, pasé a Valladolid, donde presenté a la sacra Majestad de Don Carlos, ni oro ni plata, sino cosas para obtener mucho aprecio de tamaño Señor. Entre otras, le di un libro, escrito por mi mano, con todas las cosas pasadas, día a día, en nuestro viaje».

En los tiempos modernos, además de las expediciones con fines militares, comerciales o científicos, se consagraron otros tipos de viajes: el formativo (el *Bildungsreise*, que tiene como modelo el *Grand Tour* de los aristócratas ingleses), el ilustrado (que, siguiendo a la *Encyclopédie*, se proponía «examinar las costumbres, las tradiciones, el genio de otras naciones, su gusto dominante, sus artes, sus ciencias, sus manufacturas y su comercio») y, finalmente, el pintoresco, propio del romanticismo, que trataba de dar cuenta, sobre todo, de los paisajes grandiosos, de los rasgos exóticos y de las reliquias del pasado.

De la mayoría de estos periplos, los protagonistas vuelven con una serie de souvenirs, que pueden resumirse en el libro, el jardín y la colección. La colección puede incluir especímenes de historia natural (reales o dibujados) y objetos artísticos y arqueológicos (medallas, camafeos, esculturas), sin olvidar los retratos personales y las *vedute* de los lugares visitados. El jardín se compone esencialmente de los frutos conseguidos en

las caminatas de herborización a la manera del Rousseau de *Les rêveries du promeneur solitaire*. El libro es el recuerdo más personal, ya que suele ser el resultado de las anotaciones de las propias experiencias tomadas por los viajeros al hilo de su andadura por las tierras de su elección.

Naturalmente, dichas memorias son muy desiguales, en directa dependencia de la formación, el interés y la inteligencia del escritor. Esta circunstancia determina la crítica de muchos lectores, que acusan a los libros de viaje de ofrecer una visión meramente superficial y epidérmica de la realidad, cuando no de empeñarse en la simple confirmación de los prejuicios traídos de su país de origen o, peor aún, de entregarse a un puro ejercicio de fantasía. Sin embargo, en su descargo hay que suscribir la contundente defensa de este tipo de literatura asumida por Louis Antoine de Bougainville en su *Voyage autour du monde* de 1771: «Soy viajero y marino, es decir, un embustero y un imbécil a los ojos de esta clase de escritores perezosos y soberbios que, en la sombra de su gabinete, filosofan a vista de pájaro sobre el mundo y sus habitantes y someten imperiosamente la naturaleza a sus imaginaciones. Procedimiento bien singular, bien inconcebible por parte de gentes que, no habiendo observado nada por sí mismos, no escriben, no dogmatizan más que según observaciones recogidas en estos mismos viajeros, a los que rehúsan la facultad de ver y de pensar». En todo caso, ninguna crítica pudo contener la avalancha de la literatura de viajes, cuyo éxito puede medirse en cifras, por ejemplo dando valor significativo a los más de tres mil quinientos títulos publicados sólo en el siglo XVIII, según la reseña de François Boucher de la Richarderie en su *Bibliothèque universelle des voyages* de 1808.

De este modo, la historia se ha beneficiado de la utilización de los libros de viajes como fuente para el conocimiento de la realidad de una determinada comunidad nacional o regional en los distintos momentos de su pasado. En España, la recopilación de José García Mercadal de los relatos de los viajeros extranjeros, pese a las insuficiencias de una iniciativa pionera, ha servido en muchas ocasiones como primera aproximación a los diversos aspectos de la vida en los diversos ámbitos his-

panos desde los remotos tiempos de Estrabón hasta fines del siglo XIX. Y, lo que es aún más importante, ha sido un estímulo para la sistemática consulta de las obras de dichos visitantes con el objeto de explorar la mirada del otro, es decir, de conocer las sucesivas impresiones que los extranjeros se formaron de la realidad española.

En el Siglo de las Luces, las relaciones de los viajeros por España fueron numerosas y muy cualificadas. Baste citar entre los escritores franceses que confiaron al papel sus memorias al duque de Saint-Simon o Jean-François de Bourgoing, entre los ingleses a Henry Swinburne o Joseph Townsend, entre los italianos al padre Norberto Caimo o Giacomo Casanova, entre los alemanes a Carl Christoph Plüer o Alexander von Humboldt. Sus escritos han sido profusamente aprovechados en las dos vertientes anteriormente señaladas. Por un lado, han constituido una fecunda fuente de información sobre multitud de cuestiones de índole económica, social, política y cultural, para lo que puede servir de ejemplo arquetípico el uso de la obra de Bourgoing, Alexandre de Laborde, Townsend o Arthur Young por parte de Pierre Vilar a la hora de dar cuenta de las transformaciones económico-sociales que se estaban produciendo en Cataluña a fines del siglo XVIII. Y, por otro lado, han contribuido a una más exacta interpretación del proceso de cambio de la España setecentista a partir de la confrontación de la mirada ajena, capaz de captar hechos invisibles a los ojos de los propios españoles y de poner en comparación las tensiones de la época ilustrada en el ámbito hispano con las que se estaban generando en otros ámbitos de Europa.

En este terreno, la aportación de Hiltrud Friederich-Stegmann ha sido la de indagar en el ejemplo alemán, precisamente el más descuidado por la historiografía especializada, tal vez en razón, como la propia autora indica, de la simple dificultad idiomática. Ya en la primera parte de su tesis doctoral (la reelaboración de cuya segunda parte es la que ha dado como resultado el libro aquí prologado), la investigadora nos ponía en relación con una serie de ilustres figuras alemanas que pudieron venir a España pero que finalmente no lo hicieron y, a renglón seguido, con algunos visitantes efectivos, cultos y